

FANTASÍA CROMÁTICA DEL RÍO CIBERNÉTICO V

ROBERTO BAÑUELAS

Juro por la belleza profunda de tus ojos;
juro por el amor que inspiras;
juro por la ebriedad de tus besos;
juro por la verdad de tus palabras;
juro por la sabiduría de tus caricias;
juro por el hechizo de tu hermosura;
juro por las auroras en que te espero;
juro por los ocasos en que te abrazo;
juro por los insomnios en que pulo la escultura de tu
cuerpo febril;
juro por la música terrena de tu ser;
juro por el canto que vibra desde tu alma;
y juro finalmente:
porque te pienso,
porque te siento, porque te sueño,
porque te amo cada vez en una nueva dimensión entre la
vida y la muerte.

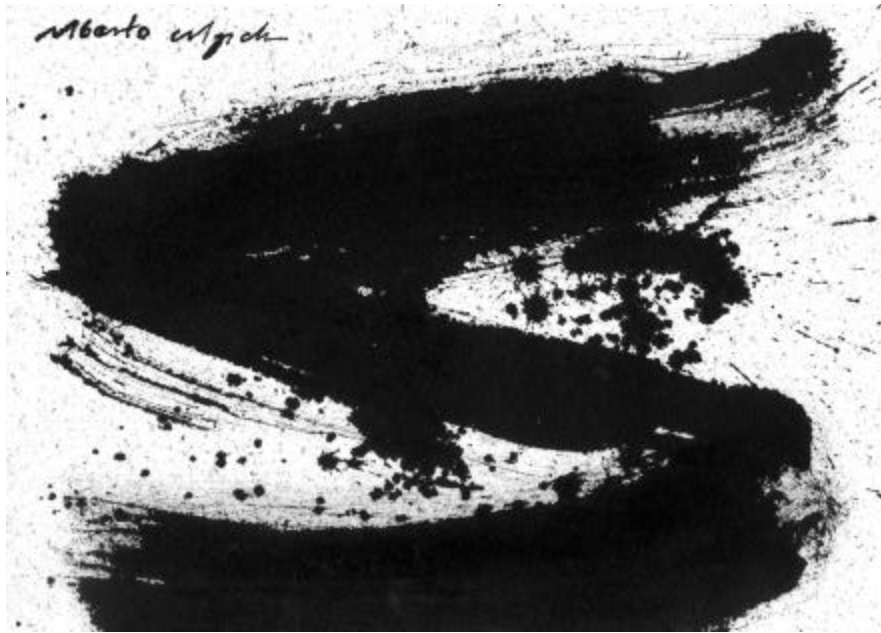
Las palabras son un río que cambia el rumbo para no llegar a la verdad. El silencio, manantial de oculta sonoridad, se agita en el fondo del río desviado entre meandros alucinados. La razón nos da la luz para vivir en las altas

y profundas dimensiones del amor. Los espejos –rígid^os y fríos– nos reflejan pero no nos crean. Encontrar la armonía es entender el camino y la meta. Vivir, aprender y comprender para no ver pasar la vida como un cortejo de espejismos y mentiras. La vida, tan breve, es instante huidizo entre recuerdos de ayer y un sueño, también fugaz, del presente que era futuro y ya es pasado.

Toda la vida es el presente en que somos creadores, sonámbulos y soñantes despiertos de la brizna de creación que nos refleja.

El amor, por frágil que parezca, es una poderosa muralla contra la muerte.

Las casas retornan al escombros original. Los llantos de los niños nacidos, y otros por nacer, lloran acordes con el aullido de las sirenas de los bomberos absurdos que apagan simbólicamente uno de tantos fuegos de otra versión del infierno. El pan es una palabra amarga y el hambre un vacío atroz. Los nombres y los números corresponden a muertos que suman cifras de la carne de cañón, y la victoria no llega. Ciudad humeante y estaciones de trenes que no llegarán aunque sigan esperándolos multitudes renovadoras de solitarios entre escépticos y resignados. En el campo de batalla perdida, los



Alberto Calzada

jóvenes caen mirando a un sol que ya no lastima sus ojos. Algunos, no aptos para morir en el frente, sobreviven devorando el manjar de las patatas escasas que se ostentan como banquete de lujo. Se cambian lámparas, tapetes, paraguas y libros de arte a cambio de un poco de pan o por unas manzanas casi ácidas. La radio pregona la crónica de un presente teñido de patriotismo ensangrentado. El frío y el hambre se reparten con involuntaria equidad y sin programa. La prostitución, de horario completo, abre la puerta a otros caminos de la existencia... Las banderas son jirones tremolantes con el viento frío de otro amanecer.

El conferenciante, al final de una larga exposición sobre la crueldad, las persecuciones, la opresión, la injusticia y el orden de terror que impera en el país donde nació y sobrevivió, dio las gracias por el asilo otorgado. Ahora, si la salud no se quebranta más, aquí podría rescribir la obra que le fue destruida apenas publicada.

Todos los muertos perdieron la voz. Casi todos los vivos, lamentablemente, conservamos la voz y el voto para dar

a conocimiento a la mediocridad. Todos los muertos, desde su abandono y olvido, reclaman la voz de la venganza.

En el bosque, coloreado por el otoño. Los pájaros se confunden con las hojas aniquiladas del amenazante desahucio. Algunas hojas cantan; algunos pájaros, forjan silencio. Los caballos, en frenético galope, rompen las cortinas de lluvia para atravesar el monte. Las montañas, lejanas e impasibles, siguen propiciando la conmoción del rayo y el trueno.

Las olas del mar, cuando nacen, repiten su remota antigüedad.

Yo también hablo de la espina de la rosa.

Los soldados, tan fatigados como los caballos que montan y espolean, acumulan la sed, el hambre y el odio como estimulantes poderosos para acribillar a los hermanos de raza que protestan y luchan contra la opresión y la injusticia, las promesas incumplidas y la traición perpetuada en nombre del progreso.

La caballería entró, en trepidante galope y los gritos rabiosos de los jinetes hambrientos, por la calle principal de los escombros de una ciudad abandonada.

Hay algo de neblina en la ciudad que cada año acumula sombras y hollín, vendedores y vagabundos, perros extraviados, hombres que no encuentran el camino para sí mismos y turistas boquiabiertos o asombrados ante la ciudad que conserva la pátina del tiempo.

Los artistas becados llegaron a tiempo a la celebración de aniversario y, antes de que se iniciara la ceremonia, todos se arrebataban la palabra para hablar de lo que van a hacer. Después de todo, el presente es la repetición de un momento fugaz y sólo el futuro tiene duración.

En el cuadro que se exhibe con personajes financiados que miran a los ojos de un pintor oculto, todos conservan el parecido de una pereza metodizada.

Mientras los consejos de los ancianos caen en el desprecio de sus nietos, el Consejo de ancianos se prepara para la guerra contra la nueva ley de pensiones que conduce a una pobreza que será la obra de perfecta crueldad del régimen imperante.

Los obreros, dueños de un destino constructivo, miran complacidos la decadente luz del atardecer. Ignoran voluntariamente la fatiga acumulada y caminan, casi victoriosos –mientras el jornal alcance–, para llegar a la humilde morada donde caben su mujer, sus hijos y todo el amor.

Los cristales de la ventana estaban tan limpios que un cuadro vivo del bosque se metía en la habitación del poeta que, mañana, no sabría contra qué protestar. Lejos, muy lejos de esta pequeña casa en el campo, quedaba el poderoso administrador del caos, el depredador

del idioma, el vigoroso generador de mitos para restaurar los privilegios de un pasado vergonzante.

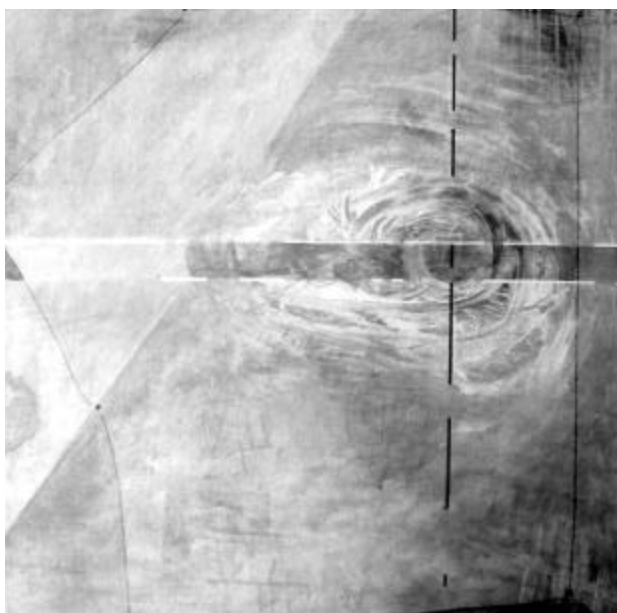
Cuando la mesa del banquete estuvo servida con la fuente de fruta, los platonos de carne roja, de pescado, de quesos, y las botellas de vinos tinto y blanco, antes de que entraran los voraces invitados, el jefe de camareros se hizo tomar una fotografía para aparecer como un pantagruélico señor feudal.

Tenía tan mal aliento que también cuando hablaba por teléfono se le notaba.

Era horrible tener que sufrir aquella angustia de genio sin serlo.

Los artistas con talento, sin dejar de admirarse, se combaten en duelo de méritos. Los mediocres, con menos desgaste, se adaptan unos a otros.

En el séptimo rollo del Mar Muerto, perfectamente legible aparece un versículo que estigmatiza así: “Abominados sean los que mal cantan porque mancillan las plegarias al Creador. ❏”



Juan Ramón Lemus